

El lector habrá comprendido que Eponina, habiendo conocido al través de la verja al inquilino de la calle Plumet, adonde la había enviado la Magnón, había empezado por separar á los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí á Mario, y que después de muchos días de éxtasis ante aquella verja, Mario, llevado por esa fuerza que arrastra el hierro hacia el imán y al amante hacia las piedras de que está hecha la casa de su amor, había concluido por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta. Pero le había sido más fácil que á Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Mario no tuvo que hacer más que forzar un poco una de las barras de la verja decrepita que vacilaba en su alvéolo carcomido como los dientes de los viejos. Mario era delgado, y pasó fácilmente.

Como nunca había nadie en la calle, y Mario sólo entraba en el jardín de noche, no corría peligro de ser visto.

A partir de aquella hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Mario seguía yendo todas las noches. Si en aquel momento de su vida, Cosette hubiera caído en el amor de un hombre poco escri-

puloso y libertino, habría estado perdida; porque hay naturalezas generosas que se entregan completamente, y Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer es ceder. El amor, en esa altura en que es absoluto, se complica con una especie de celestial ceguedad del pudor. ¡Pero cuántos peligros corréis, almas nobles! Muchas veces dais el corazón, y nosotros tomamos el cuerpo; y os queda el corazón y le miráis en la sombra temblando. El amor no tiene término medio: ó pierde ó salva. El destino humano está encerrado en este dilema. Ninguna fatalidad establece este dilema tan inexorablemente como el amor. El amor es la vida, si no es la muerte: es cuna, pero tumba también. El mismo sentimiento dice sí y no en el corazón humano. De todas las cosas que Dios creó, el corazón es la que despide más luz, pero también más sombra.

Dios quiso que el amor que Cosette encontrase fuese uno de esos que salvan.

Mientras duró el mes de mayo de 1832, hubo todas las noches en aquel pobre jardín silvestre, bajo el follaje, cada día más embalsamado y más espeso, dos seres respirando castidad é inocencia, sumergidos en las felicidades celestes, más cercanos á los arcángeles que á los hombres, puros, castos, embriagados, esplendentes, que brillaban el uno para el otro en las tinieblas. Parecíale á Cosette que Mario tenía una corona, y á Mario que Cosette tenía un nimbo. Se tocaban, se miraban, se cogían las manos, se apretaban uno contra otro; pero había una distancia que no atravesaban; y no era que la respetasen, sino que la ignoraban.

Mario tenía una barrera, la pureza de Cosette: Cosette tenía un apoyo, la lealtad de Mario. El primer beso había sido el último. Mario después no había hecho más que tocar con sus labios la mano, ó

el vestido, ó un bucle de los cabellos de Cosette. Cosette era para él un perfume y no una mujer: la respiraba. Ella no le negaba nada, él no pedía nada; ella era feliz, él estaba satisfecho. Vivían en ese feliz estado, que se podría llamar el deslumbramiento de una alma por una alma. Era aquello el inefable primer abrazo de dos virginidades en lo ideal. Dos cisnes encontrándose en el campo de la pureza.

En aquella hora del amor en que el deleite se calla absolutamente bajo el poder del éxtasis, Mario, el puro y seráfico Mario, hubiese sido más bien capaz de subir á una casa de prostitución, que de levantar la punta del vestido de Cosette. Una vez, á la luz de la luna, Cosette se bajó á coger algo del suelo, se entreabrió su corpiño y dejó descubierto el nacimiento del cuello. Mario volvió los ojos.

¿Qué pasaba entre aquellos dos seres?

Nada; se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar vivo y sagrado. Todas las flores se abrían en su derredor y les enviaban perfumes, y ellos abrían sus almas y las derramaban sobre las flores. La vegetación ardiente y vigorosa temblaba llena de savia y de alegría en torno de aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor, que hacían estremecerse á los árboles.

¿Y qué palabras eran éstas? Soplos nada más. Estos soplos bastaban para turbar y conmover toda aquella naturaleza. Poder mágico, que apenas se podría comprender si se leyese en un libro esas conversaciones nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas. Quitad á esos murmullos de dos amantes esa melodía que sale del alma y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es más que una sombra. Y decís: ¡Qué! ¡No es más que eso! Sí, niñeces, repeti-

ciones, risas por nada, inutilidades, tontunas, todo lo más sublime y más profundo. Las únicas cosas que merecen ser dichas y ser escuchadas.

El hombre que no ha dicho y no ha escuchado nunca estas tonterías, estas pequeñeces, es un imbécil y un mal hombre.

Cosette decía á Mario:

—¿Sabes?...

(A todo esto, y al través de esta celeste virginidad, y sin que fuese posible ni á uno ni á otro decir cómo, se trataban de tú).

—¿Sabes? Me llamo Eufrosia.

—¿Eufrosia? No, te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrosia. ¿No te gusta ese nombre?

—Sí... Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Eufrosia?

—Pero... Sí.

—Entonces también á mí me gusta más. Es verdad, es muy bonito Cosette. Llámame Cosette.

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras hacía de este diálogo un idilio digno de un bosque que estuviera en el cielo.

Otras veces ella le miraba fijamente, y exclamaba:

—Caballero, sois muy lindo, muy guapo, tenéis talento, no sois tonto del todo, sois más sabio que yo; pero os desafío con esta palabra: ¡te amo!

Y Mario, en medio de un placer celestial, creía oír una estrofa cantada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosía, y le decía:

—No tosáis, caballero. No quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser é inquietarme. Quiero que estés bueno, porque si

estuvieras malo, sería yo muy desgraciada. ¿Qué quieres que hiciera?

Y esto era una cosa divina.

Una vez Mario dijo á Cosette:

—Figúrate que una vez creí que te llamabas Úrsula.

Y esto les hizo reír toda la noche.

Otra vez, en medio de una de estas conversaciones, exclamó Mario:

—¡Oh, un día en el Luxemburgo tuve deseos de acabar de estropear á un inválido!

Pero se detuvo y no fué más allá. Hubiera tenido que hablar á Cosette de la liga y esto era un imposible. Había entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía con cierto temor sagrado aquel amor inocente.

Mario se figuraba que esto era vivir con Cosette y que ya no había más en el mundo: ir todas las noches á la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto á ella en aquel banco, mirar al través de los árboles la brillantez del principio de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, aspirar uno después de otro el perfume de la misma flor, por siempre indefinidamente.

Pero, mientras tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Siempre que sopla el viento, arrastra más sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi esquivo, no rechazaba absolutamente la galantería. «Hacer cumplimientos» á quien se ama, es el primer modo de hacer caricias, es un ensayo de audacia. El cumplimento es como un beso al través del velo. El deleite envuelve en él su germen, ocultándose. Los requiebros de Mario, saturados de quimeras, eran, por decirlo así, celes-

tes. Los pájaros, cuando vuelan por allí arriba al lado de los ángeles, deben de oír estas palabras; en ellas se mezclaba la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivismo de que Mario era capaz. Eran lo que se diría en la gruta, el preludio de lo que se diría en la alcoba, una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las caballerescas hipérbolas del arrullo; todos los refinamientos de la adoración colocados en un ramillete y exhalando un sutil perfume celestial, un inefable murmullo de corazón á corazón.

—¡Oh!—murmuraba Mario.—¡Qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pie, me trastorna. ¡Qué resplandor desprendes cuando se entreabre tu pensamiento! Siempre hablas con razón. En algunos momentos me parece que eres un sueño. Habla, te escucho, te admiro. ¡Oh! ¡Qué raro y encantador es todo esto! Estoy verdaderamente loco. Sois adorable, señorita. Estudié tus piés con el microscopio, y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía:

—Te amo un poquito más por el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los figurines de sauco sobre el muelle.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la transparencia, la blancura, el candor, la luz. Podía decirse de Cosette que era clara. Causaba, á quien la veía, una sensación como el abril y la aurora: descubriase el rocío en sus ojos. Cosette era la condensación de luz de la aurora en forma de mujer.

Era una cosa muy sencilla que Mario, adorándola, la admirase. Pero la verdad es que aquella co-

legiala, tierna flor del convento, hablaba con una profunda penetración exquisita, y decía á cada momento toda clase de palabras verdaderas y delicadas. Su charla era conversación: no se engañaba en ningún asunto y veía siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible.

Nadie puede decir cosas tiernas y profundas á la vez como una mujer.

La dulzura y la profundidad constituyen la mujer; esto es, el cielo.

En esta plena felicidad les asomaban á cada instante lágrimas á los ojos. Un insectillo aplastado, una pluma caída de un nido, una rama de un árbol rota los estremecía; y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecía que sólo pedía una lágrima. El síntoma más grande del amor es un estremecimiento casi insoportable algunas veces.

Y después de esto—porque tales contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos—se reían espontáneamente y con gran libertad, y tan familiarmente, que parecían algunas veces dos niños. Sin embargo, aún ignorándolo aquellos corazones que rebosaban castidad, allí estaba la naturaleza involuible. Allí estaba con su objeto brutal y sublime, y, cualquiera que sea la inocencia de las almas, se siente en la conversación íntima más púdica la adorable y misteriosa nube que separa dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Los amantes se aman, se sonríen, se ríen, se hacen cariños con los labios, entrelazan los dedos de las manos, se tutean y todo esto no se opone á la eternidad.

Dos amantes se ocultan por la noche en el cre-

púsculo, en lo invisible, como los pájaros, como las rosas; se fascinan uno á otro en la sombra con sus corazones que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean y, mientras tanto, el grandioso movimiento de los astros se realiza en lo infinito.

II

EL ATURDIMIENTO DE LA FELICIDAD COMPLETA

Existían vagamente asombrados de su felicidad. No habían notado que el cólera diezmaba á París en aquel mes. Se habían hecho todas las confianzas posibles; pero no habían pasado más allá de sus nombres.

Mario había dicho á Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su difunto padre era coronel y había sido un héroe, y que estaba reñido con su abuelo, que era rico. Le había indicado también que era barón; pero esto no había causado efecto alguno á Cosette. ¿Mario barón? No lo comprendía: no sabía lo que quería decir esta palabra; Mario era Mario.

Ella, por su parte, le había dicho que se había educado en el convento del pequeño Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, á pesar de esto, un pobre y que se privaba de todo, no privándole á ella de nada.

Y cosa extraña en la especie de sinfonía en que Mario vivía desde que veía á Cosette; lo pasado, aún